

CIUDADES

VOLUMEN 4

Samuel Jaramillo,
editor

Bogotá

en el cambio de siglo:
promesas y realidades



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general

Fernando Carrión

Coordinador editorial

Manuel Dammert G.

Comité editorial

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación

Antonio Mena

Edición de estilo

Gabriela Chauvin O.

Impresión

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-10-0

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

olacchi@olacchi.org

www.olacchi.org

Quito, Ecuador

Primera edición: marzo de 2010

Contenido

Presentación	7
Introducción: Bogotá, cambio de rumbo y nuevos alcaldes	9
<i>Samuel Jaramillo</i>	
¿Qué fue y qué será la Cultura Ciudadana?	33
<i>Paul Bromberg / Tatiana Gomescásseres</i>	
Vivir en Bogotá: estrategias y prácticas de movilidad residencial urbana	53
<i>Françoise Dureau</i>	
Bogotá: del transporte como política a la movilidad. Transformaciones culturales y espaciales	87
<i>Ricardo Montezuma</i>	
La planeación y la gestión urbanas a prueba de la movilidad espacial. Bogotá en los años 1990 y 2000	117
<i>Thierry Lulle</i>	
Descentralización territorial en Bogotá. El espíritu centralista de las autoridades descentralizadas	167
<i>Alberto Maldonado Copello</i>	

Las diferentes expresiones del proceso de segregación en Bogotá	195
<i>Françoise Dureau / Andrea Salas Vanegas</i>	
Profundización de las relaciones de metropolización de Bogotá con la Sabana	221
<i>Óscar A. Alfonso R.</i>	
Dos décadas de política de vivienda en Bogotá apostando por el mercado	249
<i>Nicolás Cuervo / Samuel Jaramillo</i>	
Mercado informal de vivienda en alquiler y estrategias residenciales de los sectores populares en Bogotá	293
<i>Adriana Parías Durán</i>	
Los avances del proceso de implementación de los instrumentos de la Ley 388 de 1997 en Bogotá	337
<i>Juan Felipe Pinilla Pineda</i>	

Las diferentes expresiones del proceso de segregación en Bogotá*

Françoise Dureau**
Andrea Salas Vanegas***

La década de años ochenta marcó un cambio importante en el modelo de desarrollo de Bogotá: el esquema espacial periférico que estaba en vigor hasta ese momento fue substituido por un nuevo modelo más endógeno y con una escala metropolitana. El crecimiento natural se ha convertido en el motor principal del incremento demográfico y la movilidad intraurbana ha pasado a ser el factor principal de la dinámica de poblamiento; el espacio ya construido experimenta transformaciones y rápidos procesos de densificación; la expansión urbana se presenta ahora en los municipios limítrofes, mientras que otros polarizan el proceso de metropolización (Dureau, 2002). ¿En qué medida este cambio de modelo de desarrollo lleva consigo modificaciones en el esquema de segregación?

Dado que esta pregunta está signada por la polisemia del término segregación y por la multiplicidad de nociones que están relacionadas con él (fragmentación, secesión, entre otras) es importante precisar desde el comienzo nuestra aproximación a este tópico en el presente texto. Adoptaremos aquí la posición de J. Brun (1994: 22): “Una acepción puramente empírica y descriptiva, la diferenciación espacial entre áreas de residencia de grupos de población que viven en una misma aglomeración”. Nos centraremos, por lo tanto, en las formas de división social del espacio residencial de Bogotá, a partir de los datos censales de 1973, 1985 y 1993 (recuadro 1).

Se hará un énfasis especial en la dimensión socioeconómica de la segregación residencial y en su evolución en términos de intensidad y de escalas, entre 1973 y 1993. Pero aludiremos también a otros componen-

* Este texto corresponde a una versión revisada de: Dureau y otros, 2007. También se ha utilizado para la introducción y la sección 1 del texto: Dureau, 2002; Salas Vanegas, 2008.

** Demógrafa y geógrafa. Investigadora del Instituto de Investigación sobre del Desarrollo (IRD) y coordinadora del grupo de investigación sobre movilidad MIGRINTER.
Correo electrónico: fdureau@gmail.com

*** Economista y urbanista de la Universidad de Poitiers. Correo electrónico: ansalas@yahoo.com

Recuadro 1. La medición de la segregación a partir de datos censales

Se utilizaron los microdatos censales (archivos de individuos y de hogares) disponibles para 1973, 1985 y 1993, para producir estadísticas que se agregan a nivel de manzanas, secciones y sectores censales de la población caracterizada de acuerdo con diferentes criterios que corresponden a las dimensiones demográfica (categorías de edad, tamaño del hogar), social (indicador de condición social) y según el origen migratorio (lugar de nacimiento). Se utilizan entonces tres aproximaciones a la segregación en diferentes escalas.

- a) La cartografía por sector censal de la proporción que representa una categoría dada en la población total. Esto permite describir los esquemas de concentración residencial de diferentes categorías en diferentes escalas y apreciar los contrastes y las correlaciones espaciales que se manifiestan entre ellas. Esto también hace posible relacionar estas distribuciones con otras estructuras espaciales que eventualmente las determinan (históricas, económicas, de infraestructura, entre otras) y, por lo tanto, permite proponer interpretaciones comparadas de situaciones y de lógicas en marcha.
- b) El cálculo de indicadores resumen de la distribución espacial provenientes del análisis espacial, estos indicadores han sido pensados para caracterizar las distribuciones espaciales de conjuntos de puntos (Pumain y Saint-Julien, 2004). Los centroides (todavía denominados centros de gravedad) y las distancias estándar dan cuenta de la localización y del grado de dispersión espacial de diferentes categorías de poblaciones para las cuales se efectúa el cálculo.
- c) El cálculo de índices de segregación: la medición de la segregación, necesaria para establecer sus variaciones de intensidad ha suscitado numerosos escritos a partir de la propuesta hecha por O. D. Duncan y B. Duncan en 1955 de utilizar un índice de *disimilaridad*. No entraremos aquí en el debate sobre las ventajas e inconvenientes de los diferentes índices (Massey y Denton, 1988; Aparicio, 2000). Lo que importa retener, de una parte, es el efecto mecánico de la división del espacio utilizado para calcular estos índices (en la medida en que la división es más desagregada, el índice tienen un mayor valor, porque él da cuenta del grado de homogeneidad espacial de cada unidad espacial); asimismo, es importante tener en cuenta su sensibilidad a la

categorización de la población. Nosotros utilizaremos el índice de Hutchens, conocido también como “índice de la raíz cuadrada” (Hutchens, 2001). Como el índice de disimilaridad, este índice se apoya en una división binaria de la población y varía entre 0 (cuando todas las unidades espaciales tienen la misma composición de la población) y 1 (cuando la segregación es total y las categorías de población consideradas nunca coexisten en una misma unidad espacial). Con el fin de aprehender el asunto de las escalas de segregación, los índices se calcularon al nivel del conjunto del área metropolitana, del Distrito Capital, y en cada una de las localidades que lo integran, para tres niveles de división espacial: los sectores, las secciones y las manzanas. Se trata, por lo tanto, de una caracterización multiescalar de la división social del espacio.

Para dar cuenta de la jerarquía social de los hogares, recurriremos a un “indicador de la condición social” utilizado en trabajos anteriores sobre la segregación en Cali (Barbary y otros, 1999) y en Bogotá y Cali (Dureau y otros, 2007). Este indicador, calculado para cada hogar, corresponde al promedio de años de estudio de los miembros del hogar mayores de quince años, dividido por el número de personas por cuarto en la vivienda. Se calculó este indicador para el conjunto de hogares en Bogotá y en la periferia metropolitana en 1973, 1985 y 1993. Para cada una de esas fechas se definieron los cuartiles correspondientes. De esta manera, en cada fecha se clasifica cada hogar en un cuartil, que muestra su posición en la jerarquía social de la época: 1 (pobre), 2 (medio-pobre), 3 (medio) ó 4 (acomodado). No obstante, esta clasificación en cuartiles de la jerarquía social tiene ciertas limitaciones: los hogares más pobres y más ricos de la ciudad representan menos del 25%, y tal vez para estos grupos extremos de la jerarquía social hubiera sido más adecuada una clasificación por deciles.

tes del proceso de segregación que son la traducción en el espacio urbano de las diferencias sociales, en el sentido lato del término, que contribuyen a la formación de culturas y de modos de vida particulares en esos espacios. También abordaremos la dimensión demográfica: ella es especialmente pertinente en una ciudad como Bogotá en la que la simultaneidad de temporalidades urbanas (el tiempo de la ciudad y el tiempo de los habitantes) genera un contexto muy particular para las relaciones entre las

transformaciones físicas y las transformaciones sociales de los barrios. También tendremos en cuenta el origen migratorio, a partir de la localización de diversos grupos de inmigrantes. Registrar bajo el mismo término de “segregación” diversas formas de diferenciación social en el espacio no implica que ellas procedan de un mismo sistema causal. Al contrario, este enfoque pluridimensional de la segregación permite precisamente abordar “el problema de la imbricación entre diferentes registros de la distancia social” (Grafneyer, 1994: 105), aspecto que es inevitablemente eludido en los análisis que solamente tienen en cuenta la dimensión socioeconómica de la segregación.

Una segregación socioeconómica antigua pero con modalidades nuevas

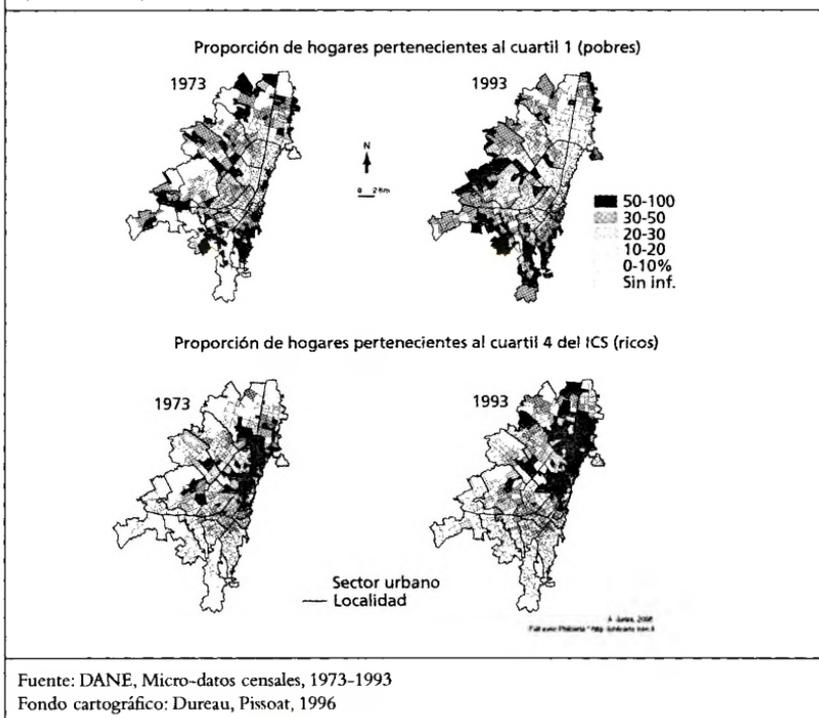
La dinámica de poblamiento de Bogotá estuvo acompañada desde muy temprano por una división social del espacio muy visible que ha marcado de manera acentuada las representaciones. Sin embargo, en la actualidad aparecen nuevas proximidades sociales que traducen nuevas expresiones del proceso de segregación y escalas más finas.

Una polarización norte-sur efectiva desde la mitad del siglo XX

A partir de la década de los años cuarenta, el centro de la capital, cuya función comercial y financiera se afirma en esta época, es abandonado progresivamente por las clases ricas en sus áreas más septentrionales a lo largo de los cerros orientales. De manera simultánea se fortalece el carácter popular del sur, mientras que la industria se concentra al occidente en los alrededores de la estación del ferrocarril. El esquema de distribución de las clases sociales en la capital que oponía centro y periferia es substituido por una organización de la segregación que contrasta el norte y el sur. Durante las siguientes décadas, las clases de mayores ingresos continúan su desplazamiento hacia el norte, mientras que el frente sur de expansión de la ciudad es ocupado por la población pobre. En cuanto a la clase media, que crece rápidamente, ocupa bien sea los barrios aban-

donados por los grupos más ricos, o se concentra en la parte occidental de la ciudad. Se consolidan entonces los rasgos más sobresalientes de la organización espacial de Bogotá que venían perfilándose desde mediados del siglo y que se refuerzan en las décadas siguientes: una división social del espacio urbano muy marcada que opone un norte rico y un sur pobre, y una especialización funcional muy acentuada que se traduce en una gran concentración de las áreas de empleo a lo largo de un eje terciario centro-norte y un eje industrial centro-occidente.

Mapa 1. Nivel socioeconómico de los hogares del Distrito de Bogotá (1973-1993)

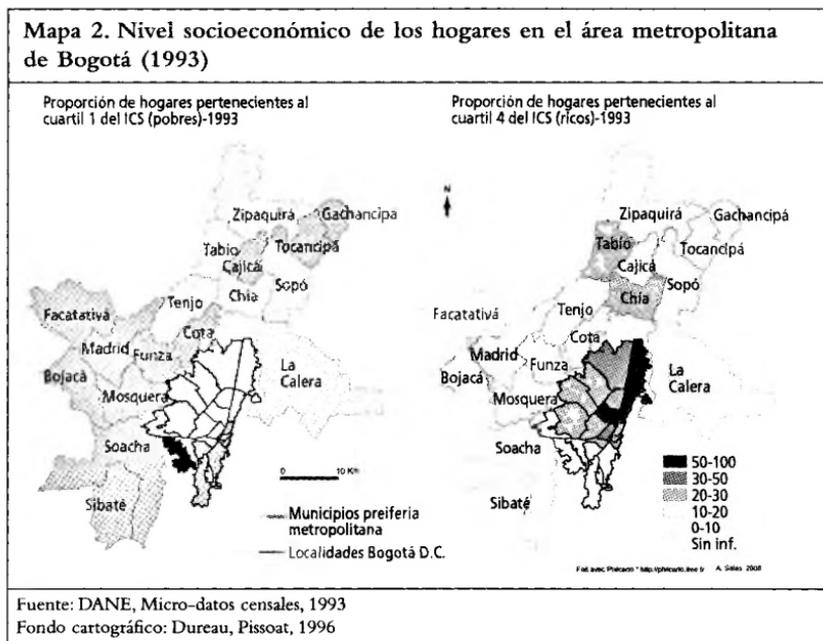


La producción de vivienda muy fuertemente segmentada (Jaramillo, 1992) desempeña indudablemente un papel substancial en la intensidad 199

de la segregación: en la fase de expansión espacial, las lógicas respectivas de cada una de las formas de producción existentes en la ciudad (estatal, capitalista, por encargo y autoconstrucción) dejaron un *stock* de vivienda con una distribución espacial muy definida, en la que cada segmento corresponde a un poblamiento inicial por grupos sociales específicos. La bipolarización social del espacio se afianza de esta manera y luego se extiende, desembocando en la división global del espacio que opone el norte al sur de la ciudad, muy nítida tanto en 1973 como en 1993 (mapa 1). La población más rica (cuartil 4) está concentrada en un triángulo que parte desde el centro histórico hacia el norte, paralelamente a los cerros orientales. La mayoría de la población más pobre (cuartil 1) ocupa los sectores periféricos que conforman una especie de arco en el costado opuesto, en el cuadrante suroccidental de la ciudad. La homogeneidad social de los sectores del sur es particularmente fuerte; en cuanto a los sectores más ricos del norte, también acogen a ciertos hogares pobres en localidades muy específicas. Esta separación espacial a una escala macro de los grupos situados en los extremos de la jerarquía social tiene importantes consecuencias: como lo anota Sabatini (2001) a propósito de Santiago de Chile, esto obstaculiza netamente el acceso a la ciudad de los grupos más pobres que de esta manera se ven sometidos a padecer tiempos de desplazamiento cotidianos muy prolongados, especialmente para llegar a los barrios elegantes donde ellos son empleados del servicio doméstico, obreros de construcción, vigilantes de edificios, entre otros.

Con la metropolización, la disposición sectorial de las clases sociales, así como su estructuración funcional a lo largo de los ejes de comunicación, se prolonga más allá de los límites del Distrito Capital (mapa 2). La lógica metropolitana integra los municipios periféricos y les asigna roles específicos en el sistema de hábitat metropolitano. Mientras que los municipios de la periferia norte acogen población de recursos más bien elevados, los barrios populares se extienden al sur dentro del territorio del municipio de Soacha; la periferia occidental recibe población obrera empleada en la industria de la floricultura. El límite del Distrito Capital no pone en cuestión las pautas tradicionales de distribución espacial de las clases sociales: por el contrario, dada la ausencia de un mecanismo de redistribución de recursos fiscales entre los municipios del área metropolitana, el traspaso de esta frontera administrativa se traduce en una exacer-

bación de los efectos inequitativos de la segregación en el acceso al equipamiento y a los servicios urbanos.

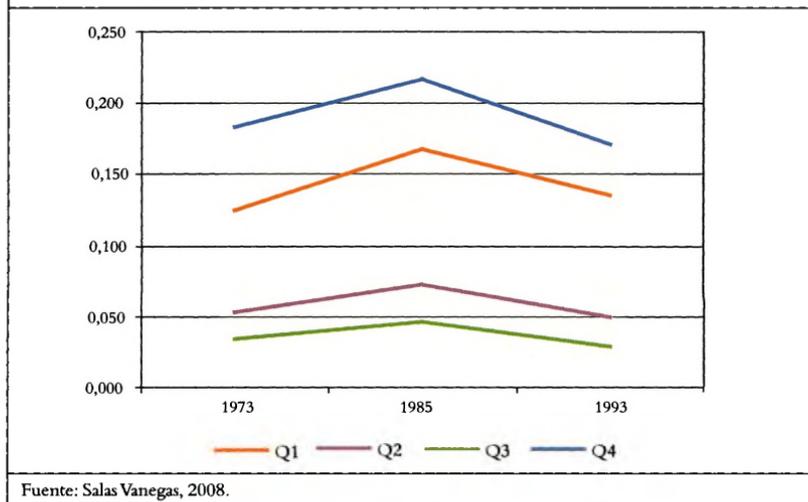


Sin embargo, este esquema segregativo no se manifiesta sino en los municipios limítrofes al Distrito Capital. Al norte y al occidente, en la medida en que aumenta la distancia a Bogotá, los municipios conservan su carácter popular: incluso entre 1985 y 1993 muestran la tendencia a perder hogares de ingresos medios y conservan una proporción de hogares ricos muy débil, inferior a la que se observa en promedio en el conjunto de la periferia metropolitana. De esta manera, la localización de familias acomodadas en la periferia norte, que buscan una calidad de vida que ya no pueden tener en una ciudad atiborrada, contaminada y desprovista de espacios verdes, se concentra en los municipios mejor equipados (Chía, Cota, Sopó). Los municipios más alejados, como Tocancipá y Gachancipá, que están menos provistos de esta infraestructura no son muy atractivos para estos hogares de mayores ingresos.

A partir de los años ochenta: una diversificación de las escalas de segregación

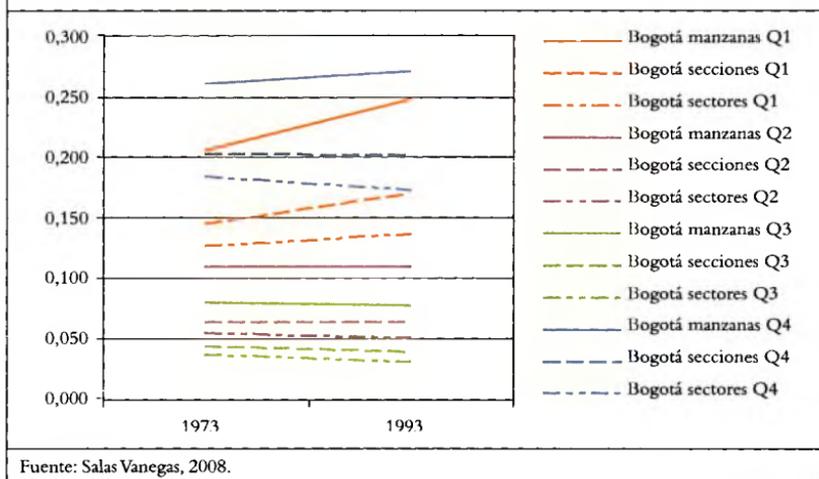
En un contexto caracterizado por una creciente competencia por el suelo que comienza a escasear, por la multiplicación de los conjuntos cerrados y por la evolución de las lógicas residenciales, a partir de 1980 se complejiza el esquema sectorial de segregación socio-espacial heredado de una dinámica continua de expansión espacial que duró décadas. El cambio de modelo de desarrollo se traduce en la evolución de los índices de segregación (figura 1): los índices calculados para los sectores censales del conjunto de la ciudad y de la periferia llegan a un máximo en 1985 y luego vuelven a descender en 1993 a un nivel similar al que tenían en 1973. Sin embargo, la “jerarquía” de la segregación de los diversos grupos se mantiene a lo largo de todo el período: la intensidad de la segregación es claramente más elevada para los dos extremos de la escala social (cuartiles 1 y 4) que para los grupos intermedios. De otra parte, la comparación con las ciudades de Cali y Santiago muestra que el nivel de segregación que se observa en Bogotá a comienzos de los años noventa no es excepcional en el contexto latinoamericano.

Figura 1. Indicadores de segregación (1973-1985-1993) Bogotá (periferia AM incluida). Índices de Hutchens, sectores



Fuente: Salas Vanegas, 2008.

Figura 2. Indicadores de segregación (1973-1985-1993) Bogotá (periferia AM incluida). Índices de Hutchens sectores, secciones y manzanas



El cálculo de los centros de gravedad y de las “distancias típicas” proporciona unos indicios iniciales sobre la evolución de la distribución espacial de los distintos grupos de población entre 1973 y 1993. En el conjunto del área metropolitana de Bogotá (el Distrito Capital y los diecisiete municipios de la periferia metropolitana), el desplazamiento de los centros de gravedad y el aumento de las “distancias típicas”, y esto para todos los grupos de población, ilustran el proceso de expansión espacial de la ciudad entre 1973 y 1993. Pero es interesante anotar que este proceso de dispersión espacial es más acentuado a medida que se asciende en la escala social: la periféricación de las clases afluentes, frecuente en las metrópolis latinoamericanas, es especialmente nítida en Bogotá. El centro de gravedad de los grupos más ricos se desplaza claramente hacia el norte, lo que muestra un alejamiento creciente del resto de la población. En cuanto a la población más pobre, ella se dispersa más lentamente en dirección al sur occidente, en un movimiento que también siguen los hogares del segundo cuartil. El desplazamiento de los hogares del tercer cuartil se

dirige más claramente hacia el occidente, ligado esto al fuerte crecimiento en este período de la producción de vivienda para sectores medios en la parte occidental y noroccidental de Bogotá.

Con el fin de discernir la evolución de las escalas del proceso de segregación, hemos calculado el índice de Hutchens en tres niveles de la división espacial de la ciudad (sectores, secciones y manzanas) en 1973 y 1993. De la figura 2 podemos extraer tres conclusiones:

Inicialmente, para cualquier nivel espacial considerado (sectores, secciones, manzanas) los índices de segregación son más altos para los grupos sociales de los extremos (cuartiles 1 y 4) y la amplitud de los contrastes entre los índices de diferentes niveles son así mismo más marcados para estos grupos sociales extremos (cuartiles 1 y 4) que para los grupos intermedios (cuartiles 2 y 3). Esto significa que la segregación, a un nivel muy desagregado, es una realidad sobre todo para los grupos de los extremos de la jerarquía social, mientras que los otros grupos tienen una tendencia mayor a la mezcla social, tanto en el nivel de sectores como de manzanas.

Segunda conclusión relativa a la evolución de las escalas de la segregación entre 1973 y 1993: para todos los grupos de población, la intensidad de la segregación aumenta en la medida en que se considera una escala espacial más desagregada.

Finalmente, para los grupos intermedios (cuartiles 2 y 3) no se percibe ningún cambio entre las fechas de observación mientras que para los grupos de los extremos el índice al nivel de manzanas aumenta y se diferencia cada vez más de los índices correspondientes a los niveles más agregados. Para el grupo más desfavorecido económicamente (cuartil 1), los índices aumentan para los tres niveles geográficos y, a medida que el nivel es más desagregado, es un signo de marginación de la población pobre en espacios cada vez más específicos. Para las capas más acomodadas, el índice a nivel de sector disminuye, el que corresponde a las secciones permanece estable, mientras que el de las manzanas aumenta notablemente. Por lo tanto, las escalas de manifestación de la segregación varían sensiblemente entre los grupos sociales, siguiendo un esquema que se puede describir sumariamente de la siguiente forma: las situaciones de mezcla involucran por lo general solamente a las clases sociales intermedias; se refuerza una escala muy desagregada que corresponde de una parte a la población de menores recursos relegada en espacios muy específi-

cos, y de la otra, que corresponde a una población rica aislada que opera en un nivel cada vez más local.

En 1993 se hace visible el fenómeno de la coexistencia de grupos situados en los extremos de la jerarquía social en las localidades de Distrito que acogen mayoritariamente a los hogares más afluentes. En localidades como Suba o Usaquén, los sectores habitados por grupos pobres están rodeados de sectores de altos ingresos. Indudablemente el desarrollo de ejes viales ligados a los centros terciarios del pericentro norte ha favorecido la instalación en esas zonas de hogares acomodados, mientras que de manera simultánea continúan desarrollándose los loteamientos ilegales en los cerros orientales de la localidad.

De esta forma se ha complejizado la organización sectorial heredada de décadas de fuerte expansión espacial que muestra situaciones de mezcla social que no tienen antecedentes. No se trata de la sustitución de una escala de segregación por otra, sino de la aparición de una nueva escala, más micro, que modula el esquema global de distribución de las clases sociales en el espacio de Bogotá.

Nuevas proximidades espaciales entre grupos sociales

La década de años ochenta está marcada por la aparición de nuevas proximidades espaciales entre grupos sociales que en ciertas localidades generan situaciones de segregación a un nivel microlocal, mientras que el poblamiento de otras localidades continúa inscrito en el esquema anterior de segregación a una escala muy macro. En efecto, según la localidades las situaciones son muy diferenciadas en el período 1973-1993 como un todo: a excepción de la población de mayores ingresos (cuartil 4) para la cual se estabilizan las diferencias entre localidades desde finales de los años setenta, los contrastes entre localidades conservan el mismo orden de magnitud a todo lo largo del período. Los procesos que están en marcha en el pericentro y en la periferia se pueden ilustrar con algunos ejemplos.¹

1 La información relativa a las prácticas residenciales es extraída de las fichas demo-estadísticas y antropológicas de la encuesta CEDE-Orstom de 1993.

Los barrios pericentrales, a partir de mediados de los años ochenta, muestran transformaciones importantes en la composición de su población con procesos muy diferentes en el norte y en el sur del pericentro.

La degradación de las condiciones de transporte, conectada con un aumento enorme del parque automotor y el crecimiento de la actividad laboral femenina, inducen una revalorización de la localización central para los grupos acomodados: para un número importante de familias disminuye la atracción tradicional del norte de la ciudad y ellas prefieren aproximarse a los lugares de trabajo. Esta nueva atracción para las clases de mayores ingresos de las áreas más centrales se traduce en cambios muy rápidos en la composición demográfica del pericentro norte, particularmente en el norte de la localidad de Chapinero. La evolución ascendente de estos barrios está asociada directamente con la composición social de los hogares en función de la duración de la permanencia en la zona: según la encuesta CEDE-Orstom de 1993, las familias que llegaron más recientemente tienen mayores ingresos que aquellas que se instalaron en los años setenta, una época de decadencia social del sector que era abandonado por los grupos más ricos que emigraban a sitios más al norte. Los índices de segregación de esta localidad, que ya eran altos en 1973, aumentan sensiblemente: la diversificación de la población de la localidad responde a la conformación de un mosaico de pequeños espacios muy homogéneos socialmente. La llegada de familias de altos ingresos tiene lugar en manzanas muy específicas y las familias populares se van confinando en espacios cada vez más restringidos que no han sido todavía absorbidos por la evolución ascendente de este sector de la ciudad. Las transformaciones físicas directamente responsables de esta configuración socio-espacial expresan claramente el proceso de *gentrificación* que se desarrolla en este sector de la ciudad, de manera similar a lo que ocurre en muchas otras ciudades del continente.

Otras mutaciones en marcha, particularmente en el epicentro sur, no se leen directamente en el paisaje urbano. Las encuestas realizadas en 1993 en la localidad Rafael Uribe muestran un proceso muy veloz de subdivisión de grandes mansiones que se fragmentan en apartamentos que son ocupados por familias de ingresos más modestos que los de los habitantes tradicionales del sector: allí se desarrolla una densificación demográfica y una tendencia descendente del nivel socioeconómico de

la población sin que los inmuebles muestren cambios físicos visibles desde el exterior. Se trata sin embargo de un proceso que se confirma en los valores que adquieren los índices de segregación de esta localidad: ellos tienen una tendencia sostenida a la baja para el período 1973-1993 como un todo. Mientras que los contrastes sociales se amplifican en el pericentro norte, ocurre exactamente lo contrario en el pericentro sur, que experimenta una homogeneización de su población: los contrastes sociales no se manifiestan sino en el nivel de las fachadas de los edificios. Incluso en este caso debe ser subrayado el papel de las formas arquitectónicas adicionalmente al de los factores de orden económico: la presencia de grandes mansiones burguesas, cuya disposición física se presta a la subdivisión interna, ha facilitado esta evolución del pericentro sur.

En las localidades periféricas del Distrito las situaciones son igualmente muy diversificadas, lo que es una muestra adicional de la persistencia de las fuertes asimetrías del modelo de desarrollo de Bogotá. La periferia occidental (la localidad de Fontibón) se caracteriza por tener niveles de segregación moderados tanto si se les mide para del período como un todo o durante el lapso a partir de 1985: las clases medias y populares conviven en espacios con gradientes poco pronunciados. En contraste, al norte la localidad de Usaquén presenta niveles de segregación claramente superiores a los del conjunto de la ciudad y esto de manera sistemática a partir de 1973. A lo largo de todo el período, la producción de vivienda en esta zona ha sido importante para todos los grupos: producción individual, programas de vivienda, autoconstrucción en terrenos ocupados ilegalmente, han contribuido en la producción de un parque inmobiliario para todos los niveles de la escala social. Pero esta construcción se ha llevado a cabo siguiendo una división espacial muy marcada en el seno de la localidad, generando índices de segregación especialmente elevados, tanto en 1973 como en 1993. Los valores de los índices de segregación para esta localidad en el nivel microlocal (de sector, de sección, de manzana) de los grupos más pobres están entre los más altos de la ciudad: los pobres se ven relegados de manera creciente en bolsones de pobreza.

En el otro extremo de la ciudad, en la periferia sur tradicionalmente integrada por barrios populares, aparecen a finales de los años ochenta residencias para clases medias y esto se traduce en un aumento de los valores de los índices de segregación que corresponden al tercer cuartil

en términos de la condición social de los hogares.² Este fenómeno está presente no solamente en las localidades periféricas del Distrito, sino también en el municipio contiguo de Soacha. La oferta de viviendas para clase media en el sur es un fenómeno que está directamente ligado a la escasez de tierras urbanizables en las áreas en que tradicionalmente se ha instalado esta población y a la difusión de un tipo de hábitat particular: los conjuntos cerrados, amurallados y vigilados por guardias. Algunas familias de ingreso medio se localizan en el sur, atraídas por el precio moderado de las viviendas y por la calidad comparativamente favorable de la infraestructura vial. Incipiente a finales de los años ochenta, este movimiento continúa y se intensifica al lo largo de los años noventa: el sur se ha tornado para ellos “habitable”, siempre y cuando se viva en enclaves protegidos.

Con la llegada de estos nuevos habitantes –y sus exigencias, recursos y poderes– ha mejorado sensiblemente la calidad ciertos servicios públicos. No obstante, este notable cambio en la escala de la segregación no ha hecho variar de ninguna manera las relaciones entre los distintos componentes de la población. Si en ciertas áreas de la ciudad, en el norte, por ejemplo, los sectores populares desarrollan intercambios económicos con la población vecina de mayores ingresos, no sucede lo mismo en los barrios del sur: en la parte oriental del municipio de Soacha es claro que la coexistencia entre grupos sociales de distinto nivel económico se traduce más bien en una confrontación diaria exacerbada por la proximidad física.

Si los factores estructurales desempeñan un papel protagónico en la fase de expansión, existen otros mecanismos que están en marcha y que son cada vez más importantes en la fase actual de desarrollo de Bogotá. Las características del parque inmobiliario por sí mismas (tipo de vivienda, tamaño, modalidad de ocupación o localización) no son suficientes para explicar las elecciones residenciales: también en esto operan las lógicas de afinidad. Dependiendo de las categorías sociales, algunas localizaciones son atractivas, otras deben ser evitadas o son inaccesibles financieramente. Lo más frecuente es que las mudanzas se efectúen a muy corta distancia, permitiendo conservar a la vez una posición en la aglomeración

2 El fenómeno es particularmente visible en Ciudad Bolívar, donde los índices por sector del cuartel 3 del indicador de condición social de los hogares son dos veces más altos que para el conjunto de Bogotá en 1985 y 1993.

y la proximidad con las redes de relaciones, en particular las de tipo familiar. En una sociedad con una escasa movilidad social ascendente esta práctica indudablemente contribuye a mantener las polarizaciones sociales impuestas inicialmente por el parque inmobiliario.

Aun si la división social norte-sur sigue presente, la diversificación de las escalas de segregación en Bogotá es evidente: la cartografía y los índices establecidos sobre los datos censales, las observaciones en profundidad de ciertos barrios y las lógicas residenciales de sus habitantes confirman de manera muy convergente la realidad de esta evolución. Al lado de la producción de vivienda y de las lógicas residenciales de los habitantes de Bogotá, hay un tercer factor que ha sido importante en este cambio que venimos de aludir: las formas arquitectónicas antiguas y nuevas. La literatura reciente insiste mucho sobre los conjuntos cerrados, pero no deben olvidarse las características del parque inmobiliario antiguo: la historia imprime sus marcas en la polarización social general del espacio urbano, en la percepción de la jerarquía de los barrios, pero también sobre su patrimonio construido, que es más o menos apto para soportar la densificación o la cohabitación entre grupos sociales.

La configuración socio-espacial de Bogotá se ha tornado más compleja: la mera distancia espacial entre los grupos sociales parece ceder el lugar a dispositivos que articulan localmente situaciones inéditas de proximidad residencial entre grupos sociales. El nuevo modelo de desarrollo de Bogotá —endógeno, centripeto y metropolitano— está acompañado de mutaciones de las características geográficas de la segregación socioeconómica. Si indudablemente se ha reducido la distancia espacial entre los grupos sociales en ciertos sectores de la ciudad, estas proximidades residenciales no alteran la naturaleza de las interacciones entre los grupos coexistentes ni su acceso respectivo a los recursos urbanos.

La dimensión demográfica del proceso de segregación: historia de la ciudad y ciclo de vida de los habitantes

A menudo el ciclo de vida interviene de manera importante en la diferenciación social de los espacios metropolitanos. Los valores en los índices de segregación (Dureau y otros, 2007: 186) y el mapa 3 muestran que

efectivamente los barrios presentan diferencias significativas en cuanto a la estructura por edad, y sobre todo, por tamaño de los hogares.

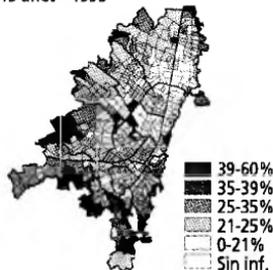
La especialización del poblamiento según la posición de los individuos en el ciclo de vida parece producirse de manera bastante independiente de la composición social de los barrios. Esto lo atestiguan las formas muy distintas de distribución espacial observadas según uno u otro criterio: en lo que concierne a la segmentación demográfica se perfilan anillos más o menos concéntricos (el tamaño de los hogares aumenta con la distancia al centro y al mismo tiempo la estructura por edad se vuelve más joven); en lo atinente a la polarización social se observan sectores. Sin embargo, los dos dispositivos muestran ciertas coincidencias: por ejemplo, la distribución espacial periférica de la población más joven corresponde a grandes rasgos a la de los barrios populares, mientras que los hogares unipersonales se agrupan en las áreas centrales y pericentrales, que son más mezcladas socialmente. En otras partes se han hecho constataciones similares:³ todo parece indicar que estamos ante tendencias bastante universales de la estructuración demográfica y social del medio urbano con respecto a las cuales Bogotá no se distingue significativamente. Más allá de esta primera aproximación conviene ponerse al día con respecto a los comportamientos de los actores que participan en la producción de estos dispositivos espaciales.

La expansión espacial de Bogotá se puede leer a partir de la composición etaria de la población en los distintos barrios. Mientras que la población de mayor edad se concentra en los barrios más antiguos, las periferias tienen proporciones más altas de niños (mapa 3): la edad de los barrios se acompasa con la edad de sus habitantes. Estas configuraciones están explicadas por varias características de las prácticas residenciales de estas ciudades. De una parte, con la edad, y sobre todo con el acceso a la propiedad de la vivienda, los cambios de domicilio se vuelven menos frecuentes; de otra parte, las mudanzas se efectúan a menudo sobre distancias cortas que tienden a mantener la población en el barrio en el que han comenzado su trayectoria residencial autónoma.

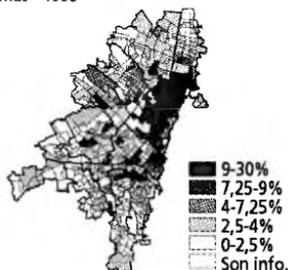
3 Para medir las relaciones entre movilidad residencial y cambios en el estatus de propiedad de la vivienda, ver Delaunay y Dureau, 2004.

Mapa 3. Edad y tamaño del hogar en Bogotá (1993)

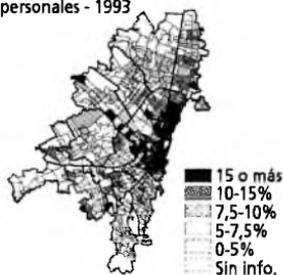
Proporción de personas menores de 15 años - 1993



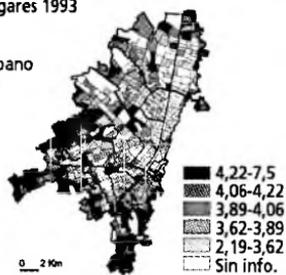
Proporción de personas de 60 años o más - 1993



Proporción de hogares unipersonales - 1993



Tamaño promedio de los hogares 1993



— Sector urbano
— Localidad

0 2 Km

Fuente: Población y Vivienda, Bogotá 1993

A. Soto, 2008

Fuente: DANE, Micro-datos censales, 1993
Fondo cartográfico: Dureau, Pissot, 1996

Ya sea que se trate de arrendatarios de clases populares que viven hace mucho tiempo en el barrio obrero de la Perseverancia, en la parte norte de la localidad de Santa Fe (pericentro de Bogotá) o de propietarios más afluentes de Chapinero, ni los unos ni los otros abandonan masivamente sus barrios urbanizados desde los años cincuenta, lo que induce las más fuertes concentraciones de personas de edad observadas en Bogotá. Esta estabilidad pervive hoy en día y resiste los embates de los movimientos de gentrificación. No obstante, los antiguos habitantes de estos barrios deben enfrentar simultáneamente un fuerte incremento en los precios de los comercios y en los servicios de proximidad, una creciente presión fiscal y un alza considerable en las tarifas de los servicios públicos. Las carac-

terísticas urbanísticas de numerosas manzanas de Chapinero ofrecen a los promotores inmobiliarios una oportunidad de una transformación rápida del espacio construido: las casas que ocupan lotes bastante grandes y en manos de propietarios individuales se han podido vender fácilmente, ser demolidas y reemplazadas por edificios. Sin regulación, esta transformación incontrolada de este sector ha conllevado un alto costo social y humano para los habitantes antiguos: para ellos la trayectoria ascendente del barrio implica una degradación de sus condiciones de vida que, sin embargo, no desencadena una emigración masiva desde el pericentro. Incluso para los habitantes de Chapinero, que disponen de recursos más altos que los habitantes de la Perseverancia, esta encrucijada es bastante conflictiva: una buena parte de ellos se instalaron en un momento de decadencia relativa del barrio que lo hacía accesible a clases medias. Con una edad avanzada, en un país en el que el sistema pensional es muy poco eficiente, se vuelve para ellos casi imposible cambiar de vivienda.

Para los hogares que tienen los medios de ajustar su vivienda a los cambios en su composición familiar, las trayectorias residenciales indican claramente la evolución de las aspiraciones residenciales a lo largo del ciclo de vida. La gran homogeneidad de las viviendas de los conjuntos cerrados desemboca en poblaciones particularmente uniformes. Los conjuntos residenciales construidos a partir de los años ochenta en el municipio de Chía, al norte de Bogotá, son un buen ejemplo. Con excepción de unas cuantas parejas de edad que buscan un lugar tranquilo para su retiro, la casi totalidad de los habitantes de los conjuntos cerrados se alinean en un mismo modelo: familias nucleares compuestas de de dos padres y de hijos pequeños, con una situación profesional estable y con ingresos confortables, propietarios de su vivienda. A menudo los dos padres trabajan lo que les permite una amortización rápida de sus préstamos hipotecarios; esto hace posible que tomen su instalación en Chía como algo no definitivo y prevean un retorno a Bogotá cuando los hijos crezcan. El proceso es el mismo en el sur de Bogotá en los conjuntos residenciales para clases medias de Soacha: la homogeneidad del parque inmobiliario de vivienda se acopla a la uniformidad demográfica de la población que reside allí.

212 A esta homogeneidad demográfica de los conjuntos residenciales recientes se opone la mezcla de las grandes viviendas para clase media,

producidas en los años sesenta y setenta. En Normandía (periferia occidental) o en Ciudad Jardín (pericentro sur) las grandes casas ocupadas todavía por propietarios de edad avanzada alojan periódicamente a sus hijos y a su descendencia: en casos de divorcio o de pérdida del empleo, la vivienda de los padres constituye un recurso que es movilizad o con frecuencia en un contexto en el que la solidaridad familiar es fuerte. En estos barrios, la familia extensa puede cohabitar sin limitaciones: estas grandes viviendas son una parte integrante de los itinerarios residenciales, movilizables frente a acontecimientos que les desvían puntualmente del ciclo normal de vida.

Claro está que los pobres no disponen de la misma amplitud de opciones residenciales ni en términos de modalidad de propiedad ni en términos de localización. Como inquilinos están sujetos al nomadismo residencial para escapar a los avatares del alquiler, huir de conflictos con sus vecinos o dejar a sus cónyuges. Como propietarios se encadenan a su residencia ya que sus recursos limitados no les permiten pensar en repetir la adquisición de una vivienda durante el curso de sus vidas.⁴ En estas condiciones, la diferenciación demográfica de las zonas de hábitat popular reflejan sobre todo las características de la formación del barrio: su fecha de creación, su forma de producción, y el avance en su proceso de consolidación.

Los barrios populares del centro concentran lo esencial de la población de edad avanzada de bajos ingresos: los adultos que adquirieron la autonomía residencial en los años sesenta y setenta tuvieron que exiliarse en la periferia para acceder a una vivienda. Esta movilidad centrífuga aceleró el envejecimiento de la población de los barrios centrales mientras que la periferia se pobló de jóvenes adultos.

En los barrios ilegales situados al borde del río Bogotá, en los que el proceso de consolidación está bastante avanzado, las estructuras demográficas son netamente más regulares que en las zonas de autoconstrucción reciente (como las invasiones en las estribaciones de la montaña al sur de Bogotá) y la proporción de hogares numerosos es más importante. La aparición de una oferta de vivienda en alquiler en la periferia, ligada directamente al pro-

4 Han sido tomados en consideración los siete grupos numéricamente más importantes según el departamento de nacimiento. Solamente se presenta aquí una parte de la cartografía.

ceso de consolidación de estos barrios, permite a los jóvenes adultos instalarse en una vivienda independiente de sus padres: la densificación de estos barrios populares está acompañada de una tendencia a la mezcla generacional, en contraste con la segmentación que había existido durante el movimiento de expansión de la ciudad en las décadas anteriores.

En conjunto, en una ciudad joven como Bogotá los barrios están nítidamente diferenciados en términos demográficos: las características del parque de vivienda son muy distintas, las prácticas residenciales —muy segmentadas según las clases sociales— determinan configuraciones contrastantes, que además siguen siendo marcadas en 1993 por la dinámica de la expansión espacial. Más que las posiciones en el ciclo de vida y las trayectorias residenciales a ellas asociadas, las configuraciones espaciales de la segregación demográfica reflejan todavía de manera predominante la historia reciente de la ciudad y el período de instalación de los habitantes. Para una porción importante de la población es imposible actuar sobre la movilidad residencial para adaptar la vivienda a las características de la familia: esto repercute en promiscuidad para un gran número de familias populares. Con la crisis económica, las condiciones de hacinamiento se multiplican en los barrios más pobres. El retorno al domicilio de los padres se vuelve más frecuente: en conexión con la crisis y con el desplome del sistema de financiamiento de la vivienda conocido como Unidad de Poder Adquisitivo Constante (UPAC) reaparecen nuevas cohabitaciones intergeneracionales a finales de los años noventa, y esto incluso en familias de clase media en vivienda poco espaciosas. Si esto continúa no hay duda de que la proliferación de este tipo de cohabitación generará inflexiones en las configuraciones espaciales del poblamiento, favoreciendo nuevas mezclas demográficas.

El reagrupamiento de migrantes con el mismo origen

Además de los flujos migratorios provenientes del ámbito rural y de pueblos pequeños pertenecientes en lo esencial a su propia cuenca migratoria, Bogotá atrae una población migrante ciudadina que viene de capitales departamentales más alejadas. Con orígenes muy variados, la población inmigrante es muy heterogénea en cuanto a sus características sociales, sus

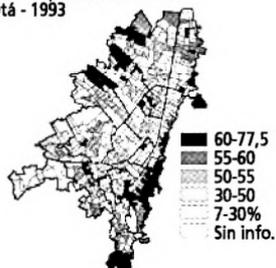
modos de inserción y sus impactos en la dinámica urbana. Esta heterogeneidad social de la población migrante se traduce en sus esquemas de implantación espacial, tanto en términos de localización, de nivel social, de tipo de vivienda y de modalidad de propiedad de los inmuebles. De hecho, los no nativos están presentes en el conjunto del parque inmobiliario y su espacio residencial se extiende al conjunto de la aglomeración (mapa 4). En efecto, el desplazamiento de los lugares de recepción de la migración, ligado a la expansión espacial y a la aparición de una oferta en alquiler en la periferia, ha generado, durante un período de varias décadas, la generalización de la presencia de migrantes en todo el territorio metropolitano. En Bogotá, el esquema de los años setenta descrito por Cardona (1976) según el cual los migrantes se instalaban inicialmente en los barrios centrales antes de desplazarse a la periferia, no se da más en estos comienzos de los años noventa: la proporción de migrantes que vivieron en primer lugar en los barrios centrales es ahora minoritaria con respecto a los migrantes que se instalaron directamente en las localidades periféricas del Distrito Capital o en los municipios periféricos. La mitad de los migrantes que vivían en los barrios encuestados en 1993 en Soacha, llegados a la capital durante los últimos cinco años, se instalaron directamente en ese municipio: los barrios más consolidados acogieron en viviendas de alquiler a migrantes que llegaban directamente del exterior del área metropolitana. Además de estos sectores, en los espacios intersticiales no copados por el movimiento de urbanización y de consolidación de estos barrios periféricos se instalaron los desplazados por la violencia desde fines de los años noventa.

Los mapas de distribución residencial de la población nativa (mapa 4) y los valores de los índices de segregación correspondientes (Dureau y otros, 2007: 187) ilustran bien este proceso: no aparecen grandes paños de concentración sino, por el contrario, un mosaico que muestra la variabilidad local de las tasas de población nativa.

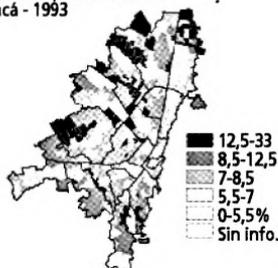
El análisis de la distribución geográfica de ciertos grupos de migrantes (mapa 4) confirma la articulación, esperada por lo demás, con el proceso de segregación social. El acceso a los diferentes barrios de la ciudad por parte de grupos de migrantes está indudablemente filtrado por su capital educativo y su composición social: la selectividad de la migración se lee directamente en su localización residencial. La configuración espacial

Mapa 4. Lugar de nacimiento de la población de Bogotá (1993)

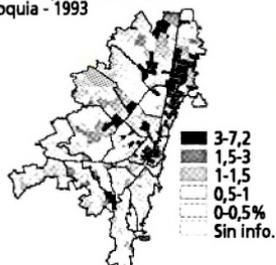
Proporción de personas nacidas en Bogotá - 1993



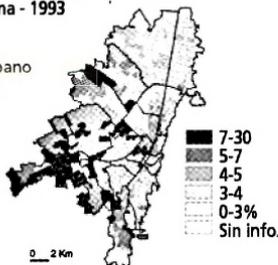
Proporción de personas nacidas en Boyacá - 1993



Proporción de personas nacidas en Antioquia - 1993



Proporción de personas nacidas en Tolima - 1993



— Sector urbano
— Localidad

Fuente: DANE, Micro-datos censales, 1993
Fondo cartográfico: Dureau, Pissot, 1996

de la población originaria de los departamentos de Boyacá y Cundinamarca coincide con los barrios populares y para ella los índices de segregación son bajos. En contraste, lo correspondiente a los nacidos en Antioquia y, sobre todo, los extranjeros, muestra una concentración en los barrios más ricos y son claramente más segregados.

No obstante, la polarización social no explica completamente la geografía residencial de los grupos de migrantes. Algunos de ellos tienen esquemas específicos de implantación espacial y en esto parece influir la organización espacial del sistema de transporte interdepartamental e incluso ciertos factores culturales. Es el caso de los originarios del Tolima, departamento al sur Bogotá, que se concentran en la mitad sur de la ciu-

dad, mientras que los migrantes de Boyacá están mucho más presentes en el norte (mapa 4).

Un cambio de escala pone en evidencia otra dimensión de las prácticas residenciales de los grupos de migrantes: la propensión de ciertos grupos a una fuerte congregación residencial local conduce a una heterogeneidad en el poblamiento de ciertas localidades. Incluso en sectores vecinos, la proporción de originarios de un mismo departamento puede ser muy variada. La densidad de las redes de información y de ayuda mutua en la ciudad de destino cumple un papel decisivo en la definición de la trayectoria residencial de los migrantes. De manera similar a la del domicilio de los padres para los nativos, para los migrantes el primer domicilio en la ciudad define en gran medida su espacio de movilidad intraurbana. De otra parte, “el barrio juega un papel importante de recepción, de reagrupamiento y de instalación de las comunidades de provincia, de integración a la vida urbana, mientras que estas corrientes migratorias influyen a su vez sobre los aspectos físicos y sociales de los barrios” (Jiménez, 1998: 66). La sociabilidad, organización y participación popular se definen en esta escala espacial. Es el caso notable en los barrios del nororiente de Bogotá en los que persisten las costumbres de Boyacá.

Tenemos entonces las dos principales explicaciones al hecho de que, a lo largo de las trayectorias individuales, se reproduce una lógica de concentración residencial que es común a los miembros de una misma comunidad de origen. Los migrantes no escapan de manera manifiesta a los factores de localización residencial ya subrayados: segregación social, historia en la ciudad, aspiraciones residenciales. El conjunto de los análisis llevados a cabo confirman la similitud de las trayectorias residenciales de los migrantes y de los nativos. Pero persiste una cierta variabilidad en los comportamientos residenciales según los grupos de migrantes que no es reductible a los efectos de estos factores generales y que está ligada a la importancia de las redes de acceso a la vivienda de los migrantes, lo que refuerza su concentración espacial.

Conclusión

Nos hemos acogido en este texto a una de las dimensiones de la segregación: “La distinción espacial entre las áreas de residencia de los grupos de población” según la definición de J. Brun mencionada en la introducción. Al hacer esto hemos relegado la consideración de otra dimensión: “Que pone el acento mucho menos en el hecho mismo de las distancias socio-espaciales entre los grupos, y más sobre sus *oportunidades desiguales de acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad*” (Gramf-meyer, 1994: 89). En una ciudad de gran tamaño en la que se intensifica la especialización funcional, la movilidad se convierte en un requisito de acceso a los equipamientos, a los empleos, entre otros. Ahora bien, la movilidad espacial es profundamente discriminatoria. En un contexto de este tipo, hoy más que ayer, es necesario tener en cuenta la diversidad de prácticas espaciales y de usos de la ciudad, más allá de las meras prácticas residenciales. Entendido como una falta de accesibilidad a ciertos lugares por parte de ciertas categorías de la población, el fenómeno de la segregación debería ser analizado no solamente con respecto al acceso a la vivienda, sino también con respecto al acceso a otros recursos económicos y sociales en una escala cotidiana.

Bibliografía

- Apparicio, P. (2000). “Les indices de ségrégation résidentielle: un outil intégré dans un système d’information géographique”. *Cybergeo*, 134. Documento electrónico:
<http://www.cybergeo.presse.fr/revgeo/>
- Barbary, O.; Bruyneel, S.; Ramírez, H. F. y F. Urrea (1999). *Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali: estudios sociodemográficos*. Cali: Documentos de trabajo del CIDSE, 378, proyecto CIDSE-IRD, Universidad del Valle.
- Brun, J. (1994). “Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine”, en: J. Brun y C. Rhein (dirs.). *La ségrégation dans la ville. Concepts et mesures*. París: L’Harmattan: 21-57.

- Brun, J. y J. P. Lévy (2002). "De la extensión a la renovación metropolitana: mosaico social y movilidad", en: F. Dureau y otros (coord.). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfa-omega (Economía de América Latina): 147-161.
- Cardona, R. (1976). *Distribución espacial de la población*. Bogotá: CCRP.
- Delaunay, D. y F. Dureau (2004). "Componentes sociales y espaciales de la movilidad residencial en Bogotá". *El Colegio de México, Estudios Demográficos y Urbanos*, 55: 77-113.
- Duncan, O. D. y B. Duncan (1955). "A methodological analysis of segregation indexes". *American Sociological Review*, 20 (2): 210-217.
- Dureau, F. (2002). "Las nuevas escalas de la segregación en Bogotá", en: F. Dureau y otros (coord.). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfaomega (Economía de América Latina): 162-169.
- Dureau, F. (2006). "Un modèle métropolitain en évolution", en: F. Dureau y otros. *Géographies de l'Amérique latine*. París: Presses Universitaires de Rennes: 293-329.
- Dureau, F. y T. Lulle (1999). "Le développement spatial de Bogotá dans les années 1990: une difficile reconquête de sa maîtrise par les pouvoirs public". *Revue de Géographie de Lyon Géocarrefour: Villes d'Amérique Latine plus grandes que leurs problèmes?*, LIV, 4: 291-300.
- Dureau, F.; Dupont, V.; Lelièvre, E.; Lévy J. P. y T. Lulle (coord.) (2002). *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional*. Bogotá: Alfa-omega (Economía de América Latina).
- Dureau, F.; Beauchemin, C.; Coubés, M. L. y D. Delaunay (2006). "Les mobilités spatiales dans des contextes en évolution : analyse croisée de deux dynamiques", en: GRAB. *Le passage des seuils, observation et traitement du temps flou*. París: INED, Coll. Méthodes et Savoirs: 157-194.
- Dureau, F.; Barbary, O. y T. Lulle (2007). "Dinámicas metropolitanas de poblamiento y segregación", en: F. Dureau; O. Barbary; V. Goueset y O. Pissoat (coords.). *Ciudades y sociedades en mutación. Lecturas cruzadas sobre Colombia*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia: 161-235.
- Grafmeyer, Y. (1994). "Regards sociologiques sur la ségrégation", en: J. Brun y C. Rhein (dirs.). *La ségrégation dans la ville. Concepts et mesures*. París: L'Harmattan: 85-117.
- Hutchens, R. (2001). "Numerical measures or segregation: desirable properties and their implications". *Mathematical Social Sciences*, 42: 13-29.

- Jaramillo, L. C. (1992). *La vivienda en Bogotá*. Bogotá, Universidad de los Andes, CEDE, documento CEDE 87.
- Jiménez, L. C. (1998). "El barrio, lugar entre la ciudad y la vivienda". *Barrio taller, Serie ciudad y hábitat*, 5: 61-70.
- Massey, D. y N. Denton (1988). "The dimensions of residential segregation". *Social Forces*, LCVII, 2: 281-315.
- Pumain, D. y T. Saint-Julien (2004). *L'analyse spatiale. Localisation dans l'espace*. París: Armand Colin.
- Sabatini, F.; Cáceres, G. y J. Cerda (2001). "Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción". *EURE*, XXVII, 82. Santiago de Chile. Documento electrónico:
<http://www.scielo.cl/>
- Salas Vanegas, A. (2008). *Segregación residencial y producción de vivienda en Bogotá, entre imágenes y realidades*. Poitiers: Universidad de Poitiers, Tesis de Doctorado en Geografía. Documento electrónico:
<http://tel.archives-ouvertes.fr/tel-00303317/fr/>